

Libros españoles (*)

Escribe: HELCIAS MARTAN GONGORA

El viaje a través de los libros depara sorpresas semejantes a las que la geografía regala al romero, que cruza por valles y montañas. Así puedo zarpar de la mano de *El principito* de Antoine de Saint-Exupéry, demorarme por una *Temporada en el infierno* con J. A. Rimbaud, detener el paso ante *El muro* inicial de Jean Paul Sartre. Mas ahora debo asistir a la cita previa con *El príncipe de este mundo*, el ensayo medular de José María Souvirón, cuyo subtítulo: La literatura moderna y el demonio, sitúa al lector ante un tema que si bien mueve a risa a los escépticos, involucra en sus páginas lo más representativo de la narrativa y la poesía contemporáneas.

Si Barbey d'Aureville aludió al infierno como a "un cielo hueco", Claude-Edmonde Magni, previno contra la "monotonía del mal", equiparable, por lo menos, a la del bien. Los poetas satánicos tienen en Heine a su profeta y en Baudelaire a su pontífice, sin olvidar al padre Hugo, quien vio una luz negra, en la hora final.

Para Souvirón, una de las notas permanentes de la poesía moderna, la cifra el "magicismo", al cual no es ajena la novela his-

panoamericana, con provincias tan próximas, como las de Macondo y Diablo Colgando, de García Márquez y Aragón.

Dostoyesky fue una isla rodeada de demonios. Mas no pactó con el maligno, gracias a su alma esclava, como esos personajes de Balzac, Stevenson, Beerhons y Thomas Man (Doctor Faustus). A propósito del submundo infernal de Samuel Beckett, recuerda Souvirón la *boutade* aquella de Mar Jouhandeau: "El sacrilegio, la única manera de ser devotos que les queda a los impíos". Del escrutinio implacable tampoco se libra Paul Valery, en su torre de negaciones y consejos: hay "que alimentarse con los otros. Pero hay que digerirlos. El león está hecho de cordero asimilado".

Comparece al juicio el famoso Sr. *Oui-ne* (Si-no). No es muy difícil pensar en André Gide, representado por un personaje de Bernanos. Todo esto sin perjuicio del monstruo de Chesterton, que aparece con "una cabeza extrañamente pequeña, colocada sobre un cuello no sólo más largo sino más ancho que esa cabeza, una desproporcionada cresta de pelo sobre la cumbre o arista de ese cuello, como una barba mal situada; con unas

patas terminadas en sólidos cuernos redondos". Se trata, no es obvio, de un caballo...

Entre los escritores de nuestro idioma desfilan: Cernuda, Guillen y Borges, al lado de Mauriac, Graham Green, Genet y otros. Basta la mención, en esta noticia del admirable libro de José María Souvirón, obra obligada de consulta, tanto para los que todo lo niegan, como para los que, al dar testimonio del Señor, insistimos en rogar por el advenimiento de su reino. "Para que seamos verdaderamente libres con El, en El y por El".

* * *

Bajo el signo dinámico del mar —siempre renovado— y la estática vegetal de la encina —raíz, savia y tradición—, el Instituto de Cultura Hispánica de Madrid, cumple la más noble misión divulgadora de la poesía hispanoamericana. Cuatro títulos me acercan al fervor creador de las voces líricas: Julio Barrenechea, José García Nieto, María Eugenia Rincón y Juan Luis Panero.

La de *Ceniza viva* es poesía de testimonio y testamento vital. Barrenechea, cuyo nombre dice tanto a tantos poetas colombianos, asume el tono de quien se despide serenamente de la vida. Ya no osa mirarse en su primer *Espejo del sueño*, con los ojos nublados por la ausencia definitiva del hijo. Su elegía tiene alas de plegaria: "Habitante del cielo, transeúnte extraviado / qué inmenso he visto a Dios a través de mis lágrimas".

Hablando solo significó para García Nieto el premio de poesía castellana "Ciudad de Barcelona". Ga-

lardón merecido por "los sonetos del hombre que vuelve la cabeza", retorno y logro a la rosa métrica, cuya olvidada cadencia alejandrina lo incita a la contemplación humilde: "Cuando se miró el hombre para ver donde estaba, / Vio tendida hacia el viento su mano de mendigo, / Y en ella, una moneda que ya nadie tomaba".

Con la ausencia definitiva del padre, María Eugenia Rincón traza esta *Frontera de la sombra*. Su palabra entrañada en el dolor, amojona el territorio del llanto, la parcela humanísima en donde sus manos "con tres días de camino y de polvo, / cortaron rebanadas / y nos las fuiste dando con la prisa / del que teme perder / la última alegría". Por eso ella, ahora, sabe que "Se puede tocar el recuerdo".

Juan Luis Panero pertenece a la dinastía lírica de Leopoldo, el gran poeta ido en la razón vital. Privilegio anexo a la responsabilidad del apellido y paralelo al río de la sangre común. Su libro inicial: *A través del tiempo* lo saca airoso del bautismo de fuego. En un poema escrito en Londres, narra el encuentro de una desconocida, la cual, tras el diálogo imprevisto, se aninha entre sus brazos. El recuerdo poco significaría, si no estuviera dedicado a "todos aquellos / que en un momento, sin promesas ni dádivas, limpiamente se entregan. / Desconociendo razas o razones se funden / en un único cuerpo más dichoso / y luego, calmado ya el instinto / y rezumante de estrenada ternura el corazón, / se separan y cumplen su destino, / sabiendo que quizá solo por eso / su existir no fue en vano".

* * *

Que ancha es Castilla se ha dicho y se repetirá hasta la consumación del silencio. Tópico y lugar común es aquel del sayal pardo, de monje o mendigo, de la meseta castellana. Se alude a la tierra sedienta y no es menester cerrar los ojos para imaginar al Cid y a sus guerreros galopando, cubiertos de sudor y polvo. Hay que olvidar el yermo y a los hidalgos empobrecidos, porque Castilla, además de ser la patria común de todos los que hablamos su idioma, también es comarca de ciudades y villas, en las que abundan los mesones y tabernas, las hosterías y bodegas. Tierra del buen yantar y del mejor beber, pese al adusto suelo.

A tan apetitoso como reconfortante asunto, el muy castizo don Julio Escobar consagró su libro: *Itinerarios por las cocinas y bodegas de Castilla*, cuya segunda edición saboreo, ahora. Guía de turismo para el regodeo por burgos y ventas de la comarca españolísima, la obra de Escobar serviría también de tratamiento radical para doncellas inapetentes y mancebos deshidratados. Gracias a la donosura del estilo y a la sabiduría gastronómica del autor, la culinaria salta de su clausura doméstica y asciende al plano del logro literario. Tal acontece, por ejemplo, cuando habla de la multicolor y frutal sierra de Avila, de los "dulces del niño muerto" o del pan nuestro de cada día, transubstanciado en arte: "Alonso de Berruguete, con aliento y alimento paniego de sus tierras, hizo de los pinares los retablos, los Cristos, los santos y los sayones de sus colosales esculturas policromadas, y el comendador de Montizón, Jorge Manrique, pasó la vida mordiendo pan de desengaños, en preguntas a la muerte, pan de misa de requiem, con hisopo e incensario".

La sinfonía del sabor alcanza la nota feliz, su tiempo de humor, en la evocación de la vendimia, los mostos, caldos y claretes, vinos tintos y blancos de la llanura descubridora. La galería de los tíos vinícolas pide a gritos el pincel de Goya o la paleta de Velásquez. Cuando el verano apremia y el mocerío se congrega en los bailes, qué placentero es compartir con don Julio Escobar la frescura de una bodega, y oírlo decir que "El vino enciende el ánimo y despierta la esperanza, y hace de caña de pescar que va sacando de cada uno, como un río, los brilladores peces de los mejores recuerdos".

Para nostalgia de alcohólicos anónimos y escándalo de abstemios, transcribo un breve diálogo: —"Oye, ayer una y hoy otra... ¿Y así hasta que termine la función? A lo que respondió el borracho con mucha pausa y sorna: —No, majo, no. Esta de ahora es la misma de ayer. Cuando me va bien con una, ya no la suelto".

* * *

Para honrar la memoria lírica de Leopoldo Panero, el gran poeta de Astorga, se instituyó el premio y la colección de libros que llevan el nombre del eximio lírico peninsular. A esta serie pertenece *De palabra en palabra*, el libro con que Aquilino Duque, obtuvo el galardón en 1967. Duque en España, como Mario Rivero en Colombia, es el poeta de lo cotidiano, de la ciudad y de la calle, del barrio alto y del suburbio. Lo cual no obsta para que ame a Giorgione y al Tiziano, y que rinda homenaje y desagravio a Góngora, Quevedo, Garcilaso, entre los mayores en la posteridad, y a León Felipe,

Cernuda y Alberti, entre los más cercanos a nuestro tiempo vital, al que alude en el poemilla *A una niña que empieza a hablar*: “Y el tiempo, que nos viene aproximando / de palabra en palabra”.

Distinta es la entonación de Angélica Becker, hija de diplomáticos, nacida en Viena, cuya infancia discurrió en este hemisferio. Alicia pensó y escribió en alemán. *Definiciones*, su primer libro compuesto en nuestro idioma, se reciente un tanto del rigorismo germano, de la tendencia a filosofar en verso: “El hombre, / animal / caritativo, mala hierba / que crece al pie del prohibido paraíso con sus precisas leyes / sin caridad: más justas”. Cuando olvida esas leyes, factura verdaderos poemas, como el del mendigo, o aquella confesión hermosa: “El pan de nuestro amor no sabe a luz”.

En contraste, Salustiano Masó es un autodidacta, formado en el liceo del trabajo: peón de albañil y servidor del jardín zoológico. Co-

mo una fiera acorralada se debate en el circo metafísico, en una furiosa búsqueda de Dios. Aunque inicialmente se confiesa ateo, en su *Canto para la muerte*, poco a poco la gracia lo va ganando para el cielo, hasta encontrar su *Morada del hombre*. A la vera de Santa Teresa, se abre su esperanza: “escancio, rojo, el vino, junto a un fuego de ramas / dejo un asiento libre, Señor, ¡si Tú vinieras!”.

Más próximo a nosotros en el meridiano geográfico y en el cuerpo mítico de América, está Jorge Roberto Cea, y su libro *Todo el Códice*, en donde este poeta salvadoreño redescubre el orbe mágico de los antepasados ístmicos. Porque él se sabe depositario de la herencia de las gentes de su nativo Izalco y porción deliberante en la “Congregación de la sangre”, puede advertirnos: “Os he traído aquí, virtuosas mujeres de la niebla. / Os he traído aquí, sangre de mi dolor, / para deciros que el mágico esplendor de la poesía, / sufrirá una caída”.

(*) Ediciones del Instituto de Cultura Hispánica, Madrid.